

Nacido en Cádiz de padre griego y madre española, fue becario del Ministerio de Educación para el aula Ortega y Gasset a uno de los cincuenta mejores bachilleres de España. En la actualidad cursa quinto de Medicina y es alumno interno de Histología y Biología Celular e integrante de su consejo de departamento. Aunque de formación eminentemente científica es un enamorado de la literatura, la pintura y la fotografía. Escribe poemas y relatos asiduamente. El tema de este relato fue sacado de su estancia estival en Cambridge.

Manuel Alejandro Tousidonis Rial

(Cádiz, España)

Primer Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

Cajal en Cambridge

Hacía un vano esfuerzo en un charco de sangre. Apretaba su cuello con mis débiles manos. Parecía no responder. Quizás ya era demasiado tarde. Llegué hasta allí casi de casualidad, un gemido que escuché en mi interior guió mi camino. Pero allí me encontraba. Intentando luchar por mi hermano mayor. No sabía bien que pasó ni cuanto tiempo estuve allí apretando y apretando su herida. Sí recuerdo la escena, cocina de mármol blanco teñida de rojo mar y un cuchillo de más de una cuarta completando aquel fatídico teatro. Real. Sin saber cómo, ni cuándo, llegaron a casa mis padres y se llevaron urgente a mi hermano al hospital. Quedé solo en casa durante doce largas horas, tenía sólo cinco años. Al



llegar a casa mi madre sólo pudo darme un enorme abrazo entre ríos de lágrimas. Mi padre, con su carácter seco y cortante, dejó aflorar por primera vez sus sentimientos y emocionado me dijo: “eres un héroe, has salvado la vida de tu hermano”.

Nunca olvidé estas palabras. La única vez que me habló desde su corazón. Ahora sé que no es verdad. No salvé la vida de mi hermano. Hablo con conocimiento de causa.

Cada trece de octubre felicito a mi hermano por su cumpleaños, el día que volvió a nacer. Pero esta será la segunda vez que no lo hago en persona. Desde aquel día de ya hace mucho supe que quería ser médico. Y aquí estoy, cumpliendo mi sueño. Nunca quise saber y no he sabido lo que pasó aquel día. Ahora soy voraz, quiero conocer. Clases y libros son mi vida.

Muchas caras nuevas. Primer día del segundo curso. Dos hombres mayores, de barba recién recortada y vestimenta pulida charlaban entretenidos mientras entraban los alumnos uno a uno. El mayor de ellos, rondaría los setenta, no conseguía disimular su prominente barriga entre las telas de su bata. Buen vivir, de catedrático. Hablaba. Tenía una mirada lánguida, cansada. Su acompañante escuchaba atento. Tenía una mirada profunda. Mirada que huele, que toca. Mirada científica. Comprender sin la necesidad de intuir. Mirada de artista. Intuir sin la necesidad de comprender. De repente.

- Aracena Méndez, Pedro -dijo el profesor mayor con tono seco. Con mirada altiva. Intimidante.

- ¡Presente! -contestó el alumno sentado junto a mí en la sala de disecciones. Así ya conozco el nombre de alguien este curso, pensé. Otro figurín, corbata azul de estreno, camisa blanca con puños dorados. El izquierdo una A, el derecho una M. Claro, Aracena Méndez. Hijo de senador o notario, sin duda. Bata pulcra, a medida, bata que ya querría para mí para una primera cita. Mientras nombraba a los alumnos imaginaba lo diferente entre mi vida, y la de mis compañeros. Un abismo. Insalvable. No tengo padrino. Mi primer año fue duro. Hay que seguir luchando. Y uno a uno fue nombrando a todos los alumnos. Hasta el último:

- ¡Walker Varela! -preguntó el profesor. Silencio.

- El alumno Walker Varela, ¿no está? ¡Eso es empezar con buen pie! -exclamó el profesor con sonrisa burlona, mientras todos reían forzados y entreviendo la dureza del nuevo profesor.

- Perdón, soy yo -interrumpo murmullos y risas. Todos se giran. El centro de las miradas. Noto miradas despectivas. Quizás mi ropa ajada, mi bata sucia, mi pantalón añil.

- ¿Acaso usted no habla castellano? -preguntó con cierto tono de maldad. Mi apellido no es español, es usted un hacha profesor. Pensé. Eso quería contestar. Mi padre es inglés. Yo español. Estruendo en clase. Comentarios por lo bajo. Y no tan bajos. Pero de mis temerosos labios sólo salió: "Sí. Señor". Bien Álex. Buen comienzo. Despistado y un sí señor. Sólo faltaba poner mano al frente y ¡fírmes! Ya tienes el mote en clase asegurado. El sargento. El comandante. O un simple cabo. Aunque ni un cabo lleva la ropa tan desaliñada como yo. Álex el cabo. El que mete la pata de cabo a rabo.



- Señores. Señoras.- Una voz grave y cálida silenció la fiesta improvisada, tomando la palabra el profesor más joven. Creí notar que me lanzaba un guiño. Un te he salvado de esta situación incómoda. O me lo he imaginado.

- Hemos completado la lista. Estamos todos. Es hora de aprender. Para eso están ustedes aquí. Y a mí me pagan para encender. -Murmullo en clase.

- Así es -continuó explicando el maestro- educar no es llenar. Educar es encender. Mi presencia sólo sirve para indicar el principio del camino. Dar pautas. Enseñar nociones -mirando a cada alumno a los ojos. La mayoría esquiva el encuentro visual. Yo lo busco. Me hace sentir especial. Una mirada profunda, oscura, exaltada por su perfil afilado y su picuda nariz. Mirada que entiende conceptos y mundos que el resto no puede ni imaginar.

- Hay que estudiar mucho para saber poco. Charles de Montesquieu. Estudiad las frases que parezcan ciertas y ponedlas en duda. Nunca desfallezcáis en vuestro amor a la medicina. Habrá profesores que digan que no estudiáis, que no servís para nada. Que nunca llegaréis a ser médicos -guardó silencio durante tres segundos. Silencio sepulcral. Sólo un alegre pajarito se atrevió a interrumpir la sabiduría del maestro. Silbando a lo lejos.

- Los viejos desconfían de la juventud porque también han sido jóvenes. Shakespeare. Una última cosa queridos compañeros de profesión. Nunca griten. El error y la ignorancia gritan. El saber y la razón hablan. La clase ha terminado. Hasta mañana -dijo el maestro mientras se dirigía a la



puerta lentamente. Todos los alumnos permanecemos sentados. Estáticos. Embelesados. Durante diez minutos. Reflexionando sobre tan sabias palabras. Esperando que el maestro volviese para terminar los cuarenta y cinco minutos que le restaban de lección.

- ¡Quizá sea una prueba para evaluar nuestro comportamiento; he oído que algunos catedráticos lo hacen! –exclamó con voz alegre una chica sentada tres asientos a la izquierda. Me giré para observarla. Era dulce. Rubio cabello caía sobre sus hombros, sonrisa perfecta. Al darse cuenta que la observaba se ruborizó. Entornó sus celestes ojos. Le sonreí. Ella. Yo. Dos espectros. En aquella sala, añil, entre cadáveres. Pero romántico. Siento como me tocan el hombro. Siempre hay alguien que llama en el momento oportuno. Me giro con cara de pocos amigos. Haciendo notar que está interrumpiendo.

- El catedrático me ha dicho que se reúna con él en su despacho –me dijo una voz que se encontraba a mis espaldas. El profesor mayor. Se presentó ante mí como el profesor ayudante. Pensaba que sería al revés. El joven, ayudante. El mayor, catedrático. Seguro que quiere reprocharme mi desatención en clase. Empezamos con buen pie.

- ¿Sabe usted el motivo por el que se me convoca? –pregunté con la máxima educación que pude. Ocultando el miedo a las posibles represalias.

- Lo desconozco hijo –contestó el ayudante con tono paternalista. Y masculló una sonrisa algo sarcástica mientras se daba la vuelta para perderse entre la multitud.



Corro por los pasillos intentando encontrar el despacho. Giro las esquinas tan rápido como puedo. No estaría bien llegar tarde también para la reprimenda, ¡eh, cabo Álex! El comandante se puede enojar. Creo que estoy cerca. Sí. Es por aquí. El próximo pasillo a la derecha. Y pum. Me choco de bruces con algo. Escondo la cara entre mis manos. Instintivamente. Sangre. Mi nariz. El suelo manchado. De rojo. Fuego y calor. Y al lado un par de libros. Histología normal y anatomía. Levanto la mirada.

- ¡Mira por dónde vas! ¡Joder, me has manchado el libro!, ¡sangre! -me grita. La chica de clase. Enfadada, más bella. Matrícula de honor. Grito en silencio.

- Estudiando medicina manchar un libro con sangre no es algo tan extraño, ¿no?, mira el lado bueno, podrás inventar alguna historia con la que impresionar a tus amigos -repliqué amablemente para intentar quitar hierro al asunto. Intenta reincorporarse. La ayudo. Entre risas. Tapona mi herida. Sus manos son calurosas, finísimas, con dedos largos y delicados. Tan sólo su mirada conseguiría hacer que no me duela. La observo dentro, profundo. Empezamos a hablar. Reímos. A conocernos. Quedamos en tomar algo a la salida de la última clase.

- ¿Cuánto llevamos charlando? -le pregunto.

- Una hora más o menos -me contesta suave.

- ¡Mierdaaa! -y salgo a la carrera sabiendo que pueden ser mis últimos pasos en esa facultad. Esa nube. Mi sueño. Al menos he conocido a... No sé ni su nombre.

- Soy Rosa –pero ya estaba bastante lejos como para oírlo.

Despacho 13, es éste. A la derecha hay una placa. Inscrita en ella: “Catedrático de Histología y Anatomía Patológica. Prof. Dr. Don Santiago Ramón y Cajal”. Resoplo. Intento armarme de valor. Cuando me dispongo a llamar a la puerta ésta se abre lentamente.

- Le esperaba –dijo una voz grave desde el interior. Atravieso el umbral de la puerta meditabundo. Impresionado por la densidad del ambiente. Totalmente recargado. Maquetas anatómicas. Cerebros en cortes seriados, listos para el estudio. Preparaciones histológicas. Dibujos. Me acerco a uno de ellos: “Estructura de los centros nerviosos de las aves; uno de mayo de 1888; Revista Trimestral de Histología Normal y Patológica”. Y libros. No sabía que existieran tantos libros. De repente, parado en el pasillo. A esto sabe la ciencia, pensé. - Pase, al final del pasillo -retumba en el angosto pasillo la voz emitida desde la penumbra.

El maestro sentado. Al microscopio. En un caos, el despacho de un artista. Papeles, dibujos, bocetos. - Venga a ver esto –me dice sin siquiera levantar la barbilla. Por primera vez me sumerjo en la célula. Emocionante. Me explica punto por punto, cada instante de la imagen. De memoria. Su lienzo. Su arte. ¿Un genio del cerebro? Mis dudas se solucionarían poco tiempo después.

- Creo que es alguien especial. Confío en usted. No me defraude –me dijo asiendo mi mano, con fuerza, con ternura. Cálida. No entendí el motivo. Si ni me conoce. ¿Por qué? ¿Yo? Pero nunca más, durante esos minutos, esos días, esos meses, solté su mano. Yo era su mano. Su diestra.



Día tras día, sorteo transeúntes. Entre empedradas aceras, en cuesta. Los tranvías repiquetean sus timbres, banda sonora de mis andanzas. Paseos del Prado. Agustinos Recoletos. Calle Alcalá. Todavía de noche. Temprano. Cada amanecer me escoltan parpadeantes faroles de gas en mi camino hacia el laboratorio. Miradas furtivas de mi aprendizaje. Silenciosas. Me recogen al anochecer. La universidad no para de encender. Yo soy un farol candente. Así pasaron los meses. Saliendo y llegando en la madrugada. Antes y después de clase, pegado al microscopio. Haciéndome insignificante. Celular. Mirar es pensar. Pienso. Gano profundidad. Como una obra de arte, donde lo que importa es la profundidad a la que se genera.

Rosa y yo salimos aquel día. Tras el choque. Tomamos un aperitivo. Mi corazón acelera. Durante dos semanas la acompañé a su piso. Compartido con dos extremeñas muy alegres estudiantes de derecho. Me cogía la mano, dulce, me apretaba con fuerza. Yo la veía frágil, no apretaba. Con miedo a deshacer aquel hechizo. Frágil no, preciosa. Y el tímido "Hasta mañana" de despedida, pasó a ser un beso en la mejilla. Sonrosada. La luna cómplice, llena. Hasta que un farol iluminó todo Madrid. Bajo él, un deseo de dos. Nuestros labios prendidos en un beso. Más gas, más luz. Un beso no. Otro. Y otro más. Una noche, viernes. Sus compañeras habían vuelto al pueblo tras su examen de "romano". Piso solitario, vacío de amor. Alquilado por dos almas. Encantadas. Aprendiendo a hacer. No muy doctos, pero aún así mágicos. Embravecidos por las burbujas de champaña. Desinhibidos. Enamorados. Rosa, niña, se abandona. Desabrocho los pétalos uno a uno. Un cinturón que se abre. Dos haces de luz, testigos, irradian sus redondos senos, su perfecta sonrisa, su aterciopelada piel. Iluminan suspiros, ojos cerrados, bocas abiertas. Entre las nubes.

Se deja hacer. La flor pierde su último pétalo. El viento aleja la adolescencia en ese último pétalo. Sus besos sublimes buscan. Encuentran. Sabrosa. Besos de mujer. Pasión. Somos uno.

Verano. Semana después de los exámenes finales. He sacado el segundo mejor expediente del curso, a falta de una nota. El primero. Rosa. Estoy muy orgulloso. No sólo es preciosa. Inteligente. La que más. No puedo entender como tengo la suerte de tener una novia así.

-¿En qué piensa señorito Alex? -preguntó el maestro mientras miraba a través del microscopio.

No puedo mentirle. Siempre sabe qué pienso. Aunque puedo intentarlo: - Estoy nervioso por la nota de su asignatura, sólo me falta la suya, profesor. Mi beca depende de ello -contesté con seguridad. También eso ocupaba en parte mi mente.

- No se trata eso. Es algo más importante. De musas y luces -interpuso sonriendo. Sin esperar confirmación. A sabiendas de su acierto. - Vayamos a tomar un café, hablaremos de su examen -propuso don Santiago.

Juntos. Hablando sin palabras. Estrepitoso silencio. Pienso en la beca. Quiere hablar del examen. Mi beca, la necesito. Mi sueño. Rosa, aún más. Calle Alcalá, esquina Sevilla.

- Ya hemos llegado. El Café Suizo -dijo serio sin girarse señalando la fachada. Entró directo a una mesa al fondo del local. Atravesando tertulianos, saludos, admiradores. Obviando su imagen ante los numerosos espejos que reflejaban su grandeza. Entre las enormes columnas. Su sabi-



duría. Como si aquel gastado sombrero le resguardase de todas las miradas. De todos los comentarios. Yo seguí su camino, de luz. Impresionado por el ambiente. Café Suizo. Antes de que el diván rojo abrazase nuestros cuerpos, estaban los cafés en la mesa.

- Dos de lo de siempre, ¿verdad, profesor? -y sin esperar la aprobación el joven camarero se gira. Atiende otras mesas. En aquel instante, mientras el café humeante embriaga nuestra presencia, el maestro empieza a hablar. Yo escucho. Atento.

- Tienes un diez en el examen. Matrícula de honor. No ha sido necesario aumentar la nota con tus trabajos en el laboratorio. Excelente. Nunca puse esta nota.

Estas palabras. Sigo en mi sueño. Montado en el vagón. En el tranvía. Por las empedradas calles. Los candentes faroles seguirán guiándome. Al alba. De madrugada. Rosa. A mi lado. Mi luna. Mi cálida luz en la noche.

Y continua: - Estoy realmente agradecido. Me has ayudado mucho. Más de lo que crees. Pediré a decanato una plaza de investigador colaborador. Para ti.- No doy crédito. ¿Yo? ¿Colaborador del maestro?

No pruebo el café. Huele bien. Algo cargado. Me calma. No. Estoy demasiado nervioso. Quiero correr, gritar. Feliz Rosa, ¿a qué no sabes que me ha pasado? Mi sueño tiene ya forma. Silueta. El maestro se afila la barba. Lentamente apura su café. De un sorbo. Largo. Decidido. Ya de pie.



- ¡Ah!, mañana partimos a Cambridge. ¿Alguna vez has salido de España? -y con estas palabras marcha al exterior. Con su vieja lira, con su viejo frac. Su oscuro sombrero. Que esconde su pensamiento, su sabiduría. Pasar desapercibido.

Vuelvo rápido a la facultad. Universidad. Escuela de vida. Mechero del conocimiento. Fuego de cultura. Vida. Universidad. Madurar, aprender, amar, protestar, luchar,...vivir. Mi sueño. Rosa junto a la puerta. Hablando animada. Compañeras de clase. Y sin mediar palabra, agarro su brazo. Tengo que contarle las noticias. El sol cae rendido, la tierra lo llama. Prendido de pasión, rojo, el cielo adorna nuestro encuentro. Taciturno despertar de caricias, anhelos, suspiros. Cambridge. Se alegra por mí. Dice que intentará no echarme de menos. Le pido que me eche de menos. Al menos tanto como yo a ella. Le prometo volver pronto. Suelo cumplir mis promesas. Le gusto. Mi cuello lo nota, su beso. Susurros. Yo entero lo noto. Me doy cuenta. Perfecta. Su cigarro se consume. A un palmo de mí. Enredados entre sábanas. No quiero que este tiempo se consuma. Ceniza. Filtro.

- Sólo es una semana. Te amo. - Desaparezco en la neblina, de madrugada, con su perfume en la maleta. Las nubes me cubren. No tengo que buscarlas, vienen a mí. Estoy en el cielo, bruma, entre nubes. Mi vida. Un metro sobre el cielo. Parnaso. Sueño.

Una mano agita apacible mi pelo. Nuestra acompañante desde Londres. Marina. Española, antigua colaboradora del maestro. Exótica, alta, preciosa. Con una mirada amplia de miras y de belleza.

- Hemos llegado. Cambridge -dice con tono alegre el maestro. Un viaje largo. Por mar. Por tierra. Pero llegamos. Universidad, salón de pompa.



Alfombra roja. Genios de la ciencia. En la placa de mi pecho se lee: "Traductor / Investigador colaborador / Madrid". Más de lo que puedo merecer. Así me presenta don Santiago en sociedad. También como la joven promesa del país. Su sucesor. Ante el profesor Smith, histólogo eminente, quién ha apadrinado su ya séptima conferencia aquí. El maestro, es su hora. Conferencia. Sube los tres escalones, y aquel limbo, demuestra la lejanía. La diferencia entre él y el resto. El saber no ocupa lugar, pero sí altura. El público, lo más granado de la ciencia mundial, aplaude. Comentarios vuelan en aquella sala. Sin alas. Decenas de idiomas se mezclan. Al unísono. Elegancia. Sabiduría al límite. Don Santiago es el límite de la ciencia hoy. En aquel salón de actos. Sabios de pie, aplaudiendo. Otros, arrodillados, en tierra, en misa. Plegaria al conocimiento. Es 1894.

El murmullo general concluye en la entrega del doctorado honoris causa. El profesor corona la cima del conocimiento. Que no es su cima. Él busca la nube. Me hace partícipe, floto con él.

Pasado todo. Habitación 313. El maestro y yo apuramos una botella de ron, un habano y una amistad. Celebrando. Frente a la ventana. Sin cruzar miradas. Noche cerrada. Noche de amores, de luchas, de confidencias. A sabiendas del trabajo bien hecho. Suena el timbre. Algo achispado me acerco a la puerta. Preciosa. Preciosa la silueta al abrirla.

-Hola Marina, ¡qué sorpresa!, pasa. -dije educado, aunque ruborizado ante tanta hermosura. Tras conversar un rato, empiezo a conocer a Marina. Y me entero que ella auspició el doctorado honoris causa del maestro. Que tiene poder aquí. Que fue pupila del maestro. Qué quizá hubo algo más. Les dejo solos. Acompañados de un ron dominicano y una



esperanza que consumir. Marcho ligero, pero antes de enfilarse el oscuro pasillo veo una luz cálida. Doy la vuelta. Entreabierta la puerta. El maestro sentado al filo de la cama. Al filo del abismo. Dos lágrimas caen por sus mejillas hasta perderse en su rizada barba blanca. Ella acaricia sus labios con los suyos. Él se deja hacer. Maldecido. Le miro a los ojos. Se da cuenta. Y me pareció verle veinte años mayor en aquel instante. Atrapado por las garras. Leona exótica. Araña. Doy la vuelta y bajo una a una las escaleras. Al patio del King's College. Junto al río, en el puente. Apagando el fuego del amor que siento por Rosa en un pitillo. Haciendo su numerito de strip tease. Ceniza al desnudo. Eso quisiera yo. Pienso en el profesor. En "mi rosa", su esposa, como él la llama. Y la mía. Distancia. Pronto volveré a sus brazos. Pero el amor es algo que no puedes capturar. Tiene patas que no se ven. Que no pueden agarrarse con los brazos. Rosa, junto a mí. Como la mujer del maestro. Silvia. Y noto junto al agua, frente a mí, otra nube de alquitrán. Un cigarro. Tras su niebla el maestro. Quiere hablar. Han pasado cosas.

Lo veo mayor. Envejecido. Encorvado, la tierra lo arrastra. Sin fuerzas. Ya no. Para luchar contra el amor. Su amor escondido. Su platónico veneno. - El amor puede durar más de dos años. Sólo cuando es un amor no correspondido -dijo entre sollozos. Lúgubre, sin vida, ante el infame universo. Sangrante corazón malherido. De muerte. Un amor que ocupa todo su pensamiento, que anula y consume. Santidad o locura. Permanecí una hora, escuchando a aquel niño enamorado. Derramando sangre, dolor y lágrimas. Inconsolable. Hasta que el rocío de la madrugada actuó como elixir calmante. Me aseguro de que duerme profundamente. Cargo con él hasta la habitación. Desato sus cordones, después sus zapatos, y así le desvisto. Sin ropas, al natural, como en aquella conversación junto al río.



Le arropo. Esperando que descanse. Que sueñe. Todo ha sido un mal sueño, profesor. Pero no lo creerá. No puede luchar. Habrá que huir. No quiero dormir, le cuidaré, alerta. Por si ataca la leona. Le defenderé de sus garras. Que no le arrebate su vida. Pero ya había penetrado en su fortaleza. Anidando mariposas en su estómago. Contra eso no puedo luchar. Noto su perfume, su olor. Busco su rastro. La diferencia entre una depredadora como ella y su presa. Ella puede permitirse un fallo. Y su aroma me lleva a la penumbra de la mesita de noche. Un papel roído, amarillento. Con una capa de polvo: "De Santiago a Marina. Lo siento mi amor, la distancia hace que tu amor me duela. Te quiero. Lo sabes. Pero la distancia, los kilómetros...espero que sea una mala racha. Que todo vuelva a ser como antes. Sé que no quieres ser mi sombra en el trabajo. Ser la mujer de. Pero necesito que vuelvas. Quiero decirte otra cosa. Pero no me atrevo. No tengo el valor de decírtelo. Pero lo he intentado con este poema. Vuelve ya. Que todo vuelva a ser como antes".

Empiezo a comprender.

Mientras leo el poema descubro el lienzo. La pintura. El conjunto. No los detalles:

"Lluviosa metralla penetraba, / amaneciendo en un verano roto, / solo, delante de todo / tu mirada amortajada, / en un invierno de agosto / luchabas, me fugaba. / Fugado y, en soledad / con otra mujer en mi lecho / gemidos de mi maldad, / escondía en tu pecho. / Mi amor con otra saciaba, / penetraba en sangre, marcaba / sobre el terreno, una daga / escondía en el pecho / de otra mujer, en mi lecho. / Cielo negro teñía / tu rubia mirada penetrante, / en una cama inacabable / infiel amor

inabarcable / tu pecho, elixir calmante / adoptada burguesía. / Y con absurda corrección / sonríó y disimulo la pasión, / césped abonado de mentira, / corrí deprimente a la deriva, / mar inaccesible que suspira / un encuentro nunca ocurrido / separó burgués mendigo, / una rosa fue su sino. / Guarezco en unas líneas un beso, / labios prendidos a un palmo de un cigarro / pecho guarida de este verso / fue regalado a otro lecho, / este verso que es tu beso, / y no aquel beso / nunca hecho verso.”

Ya comprendo.

“Mi rosa”, Silvia, la mujer. Marina, su primer amor. Ella quiere recuperarlo. La distancia los separó, pero la llama estuvo siempre encendida. El amor siempre candente, dispuesto. Todo incendio empieza por una chispa. Ésta puede ser la chispa. Cambridge. Y pienso en Madrid. Rosa. No quiero perderla igual. No puedo permitirlo. Ella es lo mejor de mí. Y me acuerdo de mi hermano. Aquel día. Lo cerca que estuvo de morir. Aunque hay gente muerta en vida. No es necesario morir para estar acabado. Pero tuvo suerte. A menos de medio centímetro de la carótida, sin atravesar el paquete vasculonervioso. A lo justo. Providencia. Afectando a tejidos blandos. Ninguna estructura noble. Con cinco años qué podía saber. Sólo apretar. Que no sangrase. Al maestro sin embargo le ha dado de lleno. Diana. En el alma, en el corazón. Y está sangrando. Dentro. Y no puedo apretar. Se desangra.

Sin tiempo a más. Sin pestañear. Sin haberme dado licencia para un descanso. Aún de madrugada. Muy temprano. Un “ayúdame” y su mirada me bastó para entender todo. El maestro y yo comenzamos el camino. Destino Ítaca. El maestro y yo. Viaje por el amor, por Ítaca. En la misma



dirección. Pero quién sabe si en sentidos contrarios. Yo buscando el amor. El profesor huyendo. O no.

Tras varios días.

Ítaca está cerca. El profesor y yo no nos dirigimos palabra alguna durante aquellos tictac del reloj. Los segundos más largos de mi vida. Los días más largos. ¡Quién me iba a decir que lo último que escucharía de palabras del maestro sería ese “ayúdame”! Tras regresar, Rosa y yo nos casamos. Jóvenes. Ciegos de amor. La historia es cíclica. Se repite. No quería que me pasase con ella lo que al maestro. Nos trasladamos a Barcelona, primero a estudiar. Investigar. Neuronas. El cerebro. La sombra del maestro era demasiado larga. Quería salir de la penumbra que me ocultaba.

Solté su mano. Hasta hoy.

Los segundos más largos de mi vida. Ahora sí. Aquí estoy. Cogiendo su mano. Su diestra. Como aquel día: “Creo que es alguien especial. Confío en usted. No me defraude.” Palabras que resuenan dentro de mí. Ahora sí, su mano. No sólo su mano. Su testigo. Don Santiago. Mi maestro. Es 1934. La gente me mira. A mí. A él. Mis lágrimas son la prueba de mi sufrimiento. Parece que estoy ante el espejo. Lágrimas por todos sitios. Pero yo no soy tan joven como la imagen que me devuelve. Son muchos y lloran por él. Alumnos a su alrededor. Velas. Silencio. El maestro no llora. Está impávido. Exánime. Sereno. En un sueño del que nunca va a despertar.

Su última palabra hacia mí fue “ayúdame”. Hace treinta años. Las mías: “Maestro. Usted ha sido mi luz, mi guía. Pero ahora he de buscar mi propia luz.” No dijo nada. Entornó los ojos. Con aprobación. Sabiendo que algún día vol-

vería. Ese día es hoy. El maestro deja libre su puesto. Ocupo su plaza. Catedrático. El sustituto de una persona insustituible. Su testigo. Ahora apagada su vida, debo cumplir su misión. Que la vela de Don Santiago siga dando luz. Su vida. El saber. Mi vida. Universidad.

He vuelto a Ítaca. Quién sabe si de vuelta o huyendo...